

EXPLORACIONES

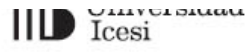
15 { **Honor y
magia en
la vida
pandillera**

JORGE ORDÓÑEZ VALVERDE

EXPLORACIONES

15 { **Honor y
magia en
la vida
pandillera**

JORGE ORDÓÑEZ VALVERDE



Honor y magia en la vida pandillera

© JORGE ORDÓÑEZ VALVERDE

Cali / Universidad Icesi, 2021.

266 pp, 22 x 14 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-5184-26-8 (eBook).

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/expl.15.2021>

Palabras claves: Honor / Magia / Vida pandillera / Santiago de Cali (Valle del Cauca-Colombia)

Sistema de Clasificación Dewey: 364.3

© **Universidad Icesi**

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Primera edición / Octubre de 2021

Colección *Exploraciones*

Rector

Francisco Piedrahita Plata

Secretaria General

María Cristina Navia Klemperer

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Jerónimo Botero Marino

Coordinador Editorial

Adolfo A. Abadía

Revisión de Estilo

Juan Manuel Eslava Gordillo

Diseño original de la Colección

Natalia Ayala Pacini

Diagramación

Johanna Trochez - *Ladelasvioletas*

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334
E-mail: editorial@icesi.edu.co
<http://www.icesi.edu.co/editorial>

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

Índice



Agradecimientos

Introducción

Capítulo 1

Perspectivas teóricas y metodológicas

Capítulo 2

Balance de estudios previos

Capítulo 3

La República de las Letras en cifras

Capítulo 4

Los escritores se quejan

Capítulo 5

Edición y consagración: el caso de José A. Osorio Lizarazo

Capítulo 6

Cómo abrirse paso en la República de las Letras

Capítulo 7

El escritor representado

Conclusiones

Bibliografía

Anexos

Notas al pie

Sobre el autor

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, a las instituciones que hicieron posible la realización de esta investigación: la Universidad Icesi, a la cual estoy vinculado desde 2004; el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD, por su sigla en alemán); el Ministerio de Educación y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia, y la Fundación para el Futuro de Colombia (Colfuturo).

Mi agradecimiento también a las personas que me brindaron su asesoría académica en la Universidad de Berna: el Prof. Dr. Christian Büschges, mi tutor, por su invaluable ayuda y paciencia, y el Prof. Dr. Stephan Scheuzger, mi segundo asesor y evaluador, por su lectura atenta del manuscrito. Agradezco también al profesor Renán Silva, a quien conozco desde mis años de estudiante de sociología en la Universidad del Valle, por su valiosa orientación a lo largo de todos estos años.

Me siento agradecido con los colegas de mi universidad y de otras instituciones por su consejo académico, tiempo y motivación. Jerónimo Botero, decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Icesi, aprobó una descarga que me ayudó a concluir el trabajo; Enrique Rodríguez, Juan Carlos Gómez e Inge Valencia me escucharon y animaron en los momentos oportunos; Juan Pablo Milanese colaboró en la elaboración de los mapas del capítulo III; Edgar Benítez leyó y comentó el capítulo VI; Viviam Unás y

Aurora Vergara-Figueroa me regalaron tiempo al remplazarme en tareas administrativas; Adolfo A. Abadía, coordinador editorial de la Universidad Icesi, estuvo al frente del proceso editorial; Gilberto Loaiza, de la Universidad del Valle, escuchó y comentó mis dudas cuando recién comenzaba mi trabajo, y Paula Marín, del Instituto Caro y Cuervo, sostuvo conmigo un estimulante diálogo a lo largo de varios años.

Doy también las gracias a mis ayudantes de investigación en diferentes periodos: Miyer Cabanzo, Mariana Montoya, Camila Beltrán, Ana Gabriela Pérez y Nathalia Escobar. Todas hicieron un trabajo indispensable y valioso.

A mi familia: Amparo, Carolina y Julián, por su apoyo y cariño.

Introducción¹

En este libro estudio a un grupo de escritores colombianos del periodo 1930-1946 unidos no solo por el oficio de la literatura, sino también por su relación con la política partidista: además de escribir novelas, ensayos y poesías, amén de otros géneros, estos escritores estuvieron por lo general ligados a los dos partidos dominantes de la época, el Liberal y el Conservador. Los más prestigiosos entre ellos participaron, de hecho, en los sucesivos gobiernos liberales de esos años. En las páginas que siguen, sostengo que no es posible comprender su oficio de escritores sin comprender su actividad y sus vínculos políticos.²

Los escritores de la República Liberal (como se conoce el periodo que cubre mi estudio) no ejercían una profesión. Tampoco asistían al proceso de “profesionalización de la literatura”. Una profesión, considerada sociológicamente, es una actividad social específica, compuesta por conocimientos y habilidades adquiridos a lo largo de un proceso de instrucción formal, y refrendados por un título. El ejercicio de una profesión cumple funciones sociales y económicas esenciales y es, por lo común, retribuido en dinero. Los representantes de una profesión encuentran en ella una forma de integración social y están sujetos a diferentes tipos de normas (particulares de la profesión, pero también contratos y leyes). Las profesiones, además,

moldean aspectos significativos de la vida personal (Voss, 2006).

Por supuesto, hoy en día se pueden visitar prestigiosas carreras de escritura creativa, se ofrecen talleres sobre cómo escribir novelas y cuentos y se transmiten con mayor o menor éxito las habilidades requeridas para hacerlo. Lectores, escritores y gente de la cultura dirían también que la literatura cumple funciones sociales indispensables: alimenta la fantasía, estimula la capacidad de soñar, da un sentido más profundo de lo humano, por no mencionar que puede ser también un negocio: hay personas que “viven de la literatura”, como editores, impresores, distribuidores, librereros, críticos literarios y, si tienen suerte, algunos autores. También podría aceptarse que el escritor es una figura reconocida socialmente, y, por esta vía, es incluido en el mundo de sus semejantes; que está sujeto a las normas no escritas del campo literario (existen, además, las asociaciones de escritores, así como normas que regulan la propiedad intelectual), y que, como en otros casos, y posiblemente con más intensidad, su vida está influida por su profesión.

Sin embargo, de ser la escritura literaria una profesión, no lo es en el mismo sentido que la medicina, el derecho o la carrera docente. Una diferencia fundamental consiste en que, en la mayoría de los casos, los escritores no derivan la parte más importante de su sustento de la literatura (un hecho tan cierto para los autores colombianos de hoy como para los de los años 30 y 40 del siglo pasado). A este hecho alude Lahire (2011) con su imagen de la “doble vida” de los escritores: por un lado, la vida que tiene lugar en el campo literario, según una posición más o menos afortunada que es posible experimentar como vocación; por otro lado, la que se desarrolla en otros campos de actividad y hace posible la supervivencia.

Por cada escritor que tiene éxito económico y la suerte de estar vivo, contratos estables con editoriales,

invitaciones permanentes a conferencias y una agitada vida intelectual, ¿cuántos hay que se emplean en oficios varios, cuya obra permanece inédita o apenas conocida, ajenos al reconocimiento público? Por cada escritor que consigue una entrada en un diccionario biográfico, ¿cuántos hay que no alcanzan el “derecho a la biografía”?

Para referirse a lo que hacían los escritores colombianos de las décadas de 1930 y 1940, la palabra *profesión* no parece, pues, la más apropiada: no existían entonces programas de escritura creativa; casi ningún escritor podía dedicarse plenamente a la literatura y derivar de ahí su sustento y el de su familia; las instituciones que hubieran permitido el desarrollo más o menos autónomo de la vida literaria eran débiles -mercado editorial, premios, asociaciones y centros literarios, librerías y bibliotecas, no menos que el público lector- y la figura social del escritor, aunque visible, no dejaba de ser ambigua: la escritura era una actividad valorada, pero no una carrera independiente, y ser escritor no equivalía a ocupar una posición segura en la sociedad, si bien podía abrir las puertas del periodismo y la burocracia. ¿Qué noción, entonces, podría caracterizar mejor lo que hacían los escritores colombianos de la primera mitad del siglo XX, así como las condiciones en que lo hacían? Entre la noción de *profesión*, en el sentido antes señalado, y la de *trabajo*, con su amplio significado antropológico o aquel más restringido de trabajo asalariado, *oficio* parece la mejor opción.

En historia y sociología, *oficio* es un concepto que suele relacionarse con la tradición del artesanado, un mundo del trabajo en el que las relaciones capitalistas de producción e intercambio no han triunfado aún completamente. Un mundo, por ejemplo, donde el *trabajador de oficio* conoce los secretos de su tarea y, por consiguiente, tiene mayor control sobre ella; donde el trabajo manual no ha sido desplazado del todo por la máquina y el saber-hacer del obrero se transmite mediante la interacción en el taller.

Donde es posible, además, encontrar una forma de orgullo vinculada a la capacidad técnica y a la satisfacción por el trabajo bien hecho (Coriat, 2001).

Aunque tampoco sería preciso referirse a los escritores como artesanos, ni mucho menos idealizar su labor -como suele pasar con el trabajo artesanal-, en la noción de *oficio* pueden reconocerse las contradicciones de una actividad que, como la literatura, basa una parte considerable de su valor en la negación del interés económico y, sin embargo -al menos en las sociedades modernas-, debe contar para su supervivencia con esa poderosa institución llamada mercado. Quizás como nunca antes desde el inicio de la vida republicana, los escritores colombianos de los años 30 y 40 se vieron sorprendidos y atemorizados por la fuerza creciente del mercado como institución social. Su gran contradicción fue tratar de sostener la creencia en un mundo artístico noble y desinteresado, que no contaba, sin embargo, con los soportes necesarios para llevar una existencia menos precaria: un público lector educado y dispuesto a comprar libros, una industria editorial que mediara entre las fuerzas generales del mercado y las reglas ideales del arte, estímulos públicos y privados para la creación y unos medios eficientes de distribución y promoción literaria.

El periodo de estudio

El periodo de estudio de la presente investigación se conoce como la República Liberal. En Colombia, desde mediados del siglo XIX y hasta épocas recientes, dos partidos han dominado la lucha política: el Liberal y el Conservador. Desde finales del siglo XIX y hasta 1930, el Partido Conservador gobernó en estrecho vínculo con la Iglesia católica. A partir de los años 20, llamados por Arias

(2011) “los años del cambio”, la sociedad colombiana experimentó notables procesos de transformación económica, política y cultural. La exportación de café permitió rentas considerables al Estado y a empresarios privados, la inversión en infraestructura creció, la economía se hizo más diversa y los conflictos populares en ciudades, puertos, enclaves bananeros y del petróleo anunciaron la aparición de una incipiente clase obrera. Al respecto, la respuesta del Estado fue ante todo represiva. Esta forma de acción, junto con la caridad y la beneficencia, habían sido hasta la fecha formas comunes de abordar los conflictos relacionados con la pobreza urbana y la formación de la clase obrera.³

En el campo de la cultura, los años 20 también fueron de cambio. Aunque de manera tímida, también en Colombia se difundieron las ideas socialistas y comunistas, que encontraron simpatizantes entre líderes obreros, pero también entre jóvenes escritores y periodistas vinculados al Partido Liberal. En el polo antagónico, algunos jóvenes afines al Partido Conservador se declararon defensores de las jerarquías, el orden y la tradición católica. Si para unos la revolución rusa actuó como un poderoso estímulo a la imaginación, para los otros lo fue el lenguaje de la Acción Francesa. Unos y otros se enfrentaron en las páginas de periódicos y revistas, haciendo uso de un lenguaje perentorio y vehemente que a menudo disimuló sus semejanzas, como su idealismo, su temprana socialización en los partidos tradicionales, la visión del intelectual como “conductor espiritual de la Nación” o su fe en el Estado como rector del cambio social.⁴

Entre estos jóvenes, las polémicas literarias también ocuparon un lugar. La disputa era ya conocida: ¿tradición o modernidad? Al igual que en el caso de los enfrentamientos ideológicos, los enfrentamientos literarios disimularon algunas notables semejanzas: el estilo afectado y retórico de la escritura, el alto valor asignado a la elocuencia –“el

buen decir”-, las formas comunes del elogio (hipérbole), la proximidad entre los escritores y el Estado, entre otras.⁵

Con todo, y a pesar de los modestos alcances de su crítica social, política y cultural, no se puede negar que estos jóvenes y los debates que animaron permiten relativizar ciertas interpretaciones que solo ven inmovilismo en la vida intelectual colombiana de principios del siglo XX. Si bien es posible que sus disputas hayan tenido una alta dosis de fantasmagoría, también es cierto que ellos -escritores, periodistas e intelectuales- deseaban renovar la vida cultural y política colombiana.

En 1930 el Partido Conservador llegó dividido a las elecciones presidenciales. Entre tanto, los liberales habían sacado provecho de la coyuntura económica internacional (Gran Depresión), habían arreariado sus críticas contra el manejo económico del Gobierno y se habían sintonizado mejor con los campesinos y obreros que reclamaban mejores condiciones de vida y trabajo. Sucedió entonces algo inesperado: en 1930 el Partido Liberal retornó al poder y, a partir de entonces, y en especial durante el periodo 1934-1938, emprendió una serie de reformas que buscaban modernizar el país; es decir, ampliar el acceso a la ciudadanía y la participación política; reconocer y regular los conflictos entre empresarios y trabajadores; impulsar el desarrollo industrial; repartir más equitativamente la propiedad de la tierra; aumentar los ingresos fiscales por medio del impuesto a la renta; establecer la separación entre Iglesia y Estado y un sistema laico de educación pública; abrir paso a las corrientes culturales extranjeras; difundir el libro, el cine, la lectura, la radio y ciertos hábitos higiénicos entre la población campesina y los pobres de las ciudades; estimular los espectáculos de difusión cultural, las conferencias, los conciertos y las exposiciones artísticas.⁶

Con la llegada de los liberales al poder, se produjo no solo un cambio político, sino también un cambio en las

condiciones y en la definición de los “oficios intelectuales”, en particular del rol del escritor en la sociedad. Este cambio fue gradual y, por supuesto, no estuvo libre de contradicciones. Como se mostrará en las páginas siguientes, este cambio consistió en la emergencia, en la sociedad colombiana de entonces, de una figura del intelectual relativamente novedosa, de rasgos modernos, aunque en un marco institucional en el que los escritores y el Estado mantenían relaciones muy intensas (en las siguientes páginas se mostrará también en qué consistían esas relaciones).

A partir de 1930, los jóvenes periodistas y escritores, en especial los de tendencias liberales, entraron a ocupar cargos en la dirección de los partidos políticos y del Estado, sobre todo como encargados de los programas educativos y de difusión cultural; participaron en las corporaciones legislativas; fundaron o dirigieron importantes medios de comunicación escritos; algunos, además, alcanzaron prestigiosos cargos diplomáticos e hicieron una brillante carrera como funcionarios, sin que nada de esto le restara brillo -más bien al contrario- a su labor intelectual. Como ha destacado Silva, la República Liberal representó “una de las etapas de más alta integración entre una categoría de intelectuales públicos y un conjunto de políticas de Estado” (2005, p. 22). Este hecho, como se sostiene aquí, influyó de manera decisiva en las formas que adoptó el oficio literario.

El problema

Como ya se dijo, la mayoría de los escritores colombianos de los años 30 y 40 del siglo pasado tuvieron en común su vinculación más o menos directa con la política partidista. Confirmar que los escritores mantenían entonces relaciones muy intensas con la política partidista no es

difícil: basta con dar una mirada a las revistas, periódicos y suplementos culturales de la época, en donde los temas literarios alternaban con manifestaciones de apoyo o rechazo al gobierno de turno; poemas modernistas con desmesurados elogios o diatribas políticas y escritores extranjeros con numerosos escritores-funcionarios locales.

Bastaría también con una revisión somera de las biografías de los escritores. Como comprobaría esta revisión, la mayoría de ellos ocuparon a lo largo de su vida diversos cargos públicos (en los partidos, en el Estado, en el Congreso, en la diplomacia) obtenidos gracias a sus actividades y vínculos políticos. Algunos se inclinaron más hacia las letras que hacia la política, algunos renegaron de su “doble vida” más que otros, pero todos, o casi todos, tuvieron que ver de diferentes modos con la política partidista.

A partir de la década de 1930, los escritores colombianos no solo desempeñaron un papel novedoso en la vida pública, sino que adoptaron nuevos ideales sobre su oficio, a pesar de que su situación social, su apego no siempre confesado a ideales del pasado y su relación con la política -de la que obtenían la conciencia de pertenecer a una élite culta con una elevada misión civilizadora- hacían muy difícil su realización. En este desfase se encuentra el origen de muchas de sus contradicciones.

Así, por ejemplo, estos escritores adoptaron el vocabulario de los intelectuales modernos, que se había difundido en el mundo occidental a fines del siglo XIX. Palabras como *independencia*, *autonomía*, *crítica* y *responsabilidad* se repitieron en sus discursos. Proclamaron la independencia del mundo de la cultura respecto a los poderes sociales, económicos y políticos, aunque la mayoría de las veces su vida estuvo ligada a estos y no en última instancia su supervivencia. Elogiaron la actitud crítica como un deber de la inteligencia, pero en sus opiniones casi siempre predominó su visión partidista.

Advirtieron, como sus contemporáneos en otros lugares, la presencia de “las masas”, a veces como promesa y otras como peligro (Carey, 2009; Romero, J., 1999), pero nunca lograron deshacerse del todo de su elitismo cultural ni de la creencia de que la sociedad se dividía entre aquellos aptos para dirigir y aquellos que debían ser dirigidos (Braun, 2008). Quisieron renovar el mundo de las letras, pero a menudo fueron grandilocuentes, orgullosos y estuvieron demasiado satisfechos de sí mismos.⁷

En medio de tales contradicciones, a los escritores colombianos no debió serles desconocida su posición marginal en la “República mundial de las Letras” (Casanova, 2001; Zapata, 2012). Y, aunque a veces se burlaron de él, parecían en realidad poco dispuestos a abandonar el sueño de la “Atenas suramericana”.⁸ Por un lado, ellos eran conscientes de su importancia pública –sus cargos, su posición social, sus relaciones, el constante intercambio de elogios la confirmaban–, pero, por otro lado, no podían negar la debilidad de su medio: eran escritores sin lectores (sin el tipo y número de lectores que hubieran deseado), sin mercado editorial (sin el mercado editorial que hubieran deseado), sin estímulos (sin el tipo de estímulos que creían merecer). Esta situación amenazaba con poner en duda su valor, no solo ante sí mismos, sino ante la comunidad imaginada de la República de las Letras.⁹

Por lo tanto, los escritores comenzaron a reclamar la deuda que, según su parecer, la sociedad tenía con ellos: interpellaron al público y reprocharon su desinterés; criticaron la desconfianza de los editores, y se quejaron del escaso apoyo estatal a su labor creativa. De este modo, fueron dando forma a una representación del trabajo intelectual opuesta a la del escritor como cultor de las Bellas Letras, despreocupado de su situación material, orgulloso de su aislamiento y seguro de su valor. Una figura que, si bien parecía del pasado, continuaba resonando con

fuerza en la inapelable metáfora de la Atenas suramericana.¹⁰

Durante la República Liberal, el prestigio literario estuvo tan ligado al prestigio político –y este a la posición ocupada en la burocracia o en la prensa partidista– que el “polo simbólico dominante” de los escritores no fue el del “arte por el arte”, si es que algo así existió, sino el del intelectual público o intelectual-dirigente, como en adelante se nombrará a esa categoría de escritores cuya existencia estuvo determinada por su doble condición de hombres de letras y funcionarios.¹¹

Contenido

En el capítulo 1 aclaro las perspectivas teóricas y metodológicas seguidas en este trabajo. Más que un inventario de autores y teorías del presente y del pasado, hago una presentación selectiva que discute y justifica el porqué, según mi objeto de estudio y los problemas abordados, se ha optado por un enfoque y no por otro.

En el capítulo 2 realizo un balance crítico de los estudios previos que se han ocupado de temas y problemas similares a los de la presente investigación. Este balance se centra en estudios que tratan sobre la sociedad colombiana de la primera mitad del siglo XX.

En el capítulo 3, “La República de las Letras en cifras”, hago una aproximación cuantitativa a la población literaria en Colombia en las décadas de 1930 y 1940. A partir de información biográfica proveniente de distintas fuentes, este capítulo describe algunas características (edad, filiación política, ocupación, etc.) de un grupo de 150 escritores.

En el capítulo 4, “Los escritores se quejan”, estudio la situación social de los escritores durante la República

Liberal. Por “situación social” se entenderán las condiciones en que los escritores debieron ejercer su oficio –público lector, estímulos para la creación, negocio editorial–, así como su relación con la burocracia y el periodismo.

En el capítulo 5, “Edición y consagración: el caso de José Antonio Osorio Lizarazo”, he incluido un estudio de caso que revela algunas de las condiciones de la publicación literaria en los años 30 y 40; este capítulo permite contrastar y comprender mejor las quejas de los escritores expresadas en el capítulo anterior.

En el capítulo 6, “Cómo abrirse paso en la República de las Letras”, describo cómo los vínculos políticos formales e informales podían ayudar a los escritores a promover sus *carreras* literarias. A falta de empresarios editoriales, públicos amplios y circuitos especializados de intercambio literario, fueron los intelectuales públicos más exitosos quienes ejercieron las principales funciones de promoción: contactos, publicación, empleo, recomendaciones.

En el capítulo 7, “El escritor representado”, estudio las representaciones del escritor en la prensa colombiana, teniendo en cuenta lo que Dubois (2014, p. 91) llama “la imagen producida (...) de [su] posición, incluyendo los elementos míticos contenidos en esta imagen”. Este capítulo indaga sobre la representación de un oficio, el de escritor, que se debatía entre la “exaltación de su papel en la sociedad y la comprobación del estado real de su actividad (en lo que esta [tenía] de improductiva y de marginal)” (Dubois, 2014, p. 88).

La presente investigación espera contribuir al conocimiento del oficio de escritor en Colombia durante la primera mitad del siglo XX, sin perder de vista sus características y condiciones específicas.

Sobre el método y las fuentes¹²

La elaboración de este trabajo se basó en la revisión de distintos documentos. En el capítulo 3, la información proviene sobre todo de diccionarios biográficos y fuentes electrónicas. El capítulo IV fue elaborado a partir de una amplia revisión de revistas culturales de los años 30 y 40; sin embargo, por razones que se expondrán más adelante, se destaca solo una de ellas. El capítulo V se ha elaborado a partir de la revisión de un fondo documental, el Fondo José Antonio Osorio Lizarazo (en adelante: FJAOL), depositado en la Biblioteca Nacional de Colombia. El capítulo VI se basa en la revisión de la extensa correspondencia de otro fondo documental, el Fondo Germán y Gabriela Arciniegas (en adelante: FGGA), depositado también en la Biblioteca Nacional. El capítulo 7 acude de nuevo a la prensa literaria, en especial a un semanario de la época, *Sábado*, y a las revistas *Pan* y *Revista de las Indias*.¹³ Todos estos documentos, y algunos más del Archivo Eduardo Santos (en adelante: AES), fueron consultados en la Biblioteca Nacional de Colombia (en adelante: BN), en la Biblioteca Luis Ángel Arango (en adelante: BLAA) y en el Archivo General de la Nación (en adelante: AGN).

Respecto al método empleado en este estudio, he tratado, en primer lugar, de interrogar los documentos a partir de mis preguntas de investigación. Esto significa no hacer un “uso literal” de ellos, es decir, un uso que confiaría en su capacidad de revelar de manera clara, directa y espontánea la realidad (Silva, 2007). Con tal propósito, he empleado algunos procedimientos: comparar las fuentes y corroborar sus datos, tener en cuenta las condiciones generales y particulares de su elaboración, prestar atención al lenguaje utilizado: contenido, géneros, forma, intenciones, códigos.¹⁴ En todo ello hay, desde luego, un trabajo de interpretación. Al respecto, solo puedo decir

que he intentado controlarlo, para lo cual he querido hacer un uso prudente de la teoría y de la información disponible, evaluando constantemente el alcance de mis hipótesis.¹⁵

En segundo lugar, he partido del supuesto según el cual ningún documento es una vía de acceso directo a la realidad, pero puede informar acerca de ella. Por lo tanto, en los documentos consultados no he ido solo a la caza de *discursos*, sobre todo si estos se entienden como formas de comunicación separadas de cualquier “base social específica” (Giddens y Sutton, 2015, p. 19). Por el contrario, los discursos pueden concebirse como formas “de hablar y pensar sobre un tema que está[n] unida[s] por presupuestos comunes, y que sirve[n] para dar forma al modo en que las personas comprenden y actúan respecto a ese tema” (Giddens y Sutton, 2015, p. 17). Una de las teorías más influyentes sobre el *discurso* es la de Foucault (1992; 2009), que lo consideraba como un marco estructurante de la vida social por medio del cual se ejercía el poder.¹⁶ Sin embargo, entre esta última noción de discurso, muy útil para estudiar los mecanismos sutiles y cotidianos de control social, y la de representación (Chartier, 2002a), más centrada en las formas de clasificación y recomposición de las diferencias sociales, he optado por la segunda, porque considero que se aviene mejor a los objetivos de mi estudio.

Según Chartier (2005a), dos ideas esenciales del *linguistic turn*¹⁷ fueron: 1) “que el lenguaje es un sistema de signos cuyas relaciones producen por ellas mismas significaciones múltiples e inestables, fuera de toda intención o de todo control subjetivos”, y 2) “que la ‘realidad’ no es una referencia objetiva, exterior al discurso, sino que siempre está construida en y por el lenguaje”. “Esta perspectiva –continúa el autor– considera que los intereses sociales nunca son una realidad preexistente, sino siempre el resultado de una construcción simbólica y lingüística; también considera que toda

práctica, cualquiera que sea, está situada en el orden del discurso” (pp. 32-33).

Y enseguida agrega:

En contra de estos postulados, es necesario recordar que, si bien las prácticas antiguas no son, frecuentemente, accesibles más que a través de los textos que intentan representarlas u organizarlas, prescribirlas o proscribirlas, ello no implica afirmar, como consecuencia, la identidad de dos lógicas: aquella que rige la producción y la recepción de los discursos, y aquella que gobierna las conductas y las acciones (pp. 32-33).

Chartier no descarta la relación entre prácticas y discursos, entre prácticas y representaciones, pero tampoco postula su identidad. De hecho, este último punto de vista, según el historiador francés, llevaría a suponer que el conocimiento de un problema puede limitarse al conocimiento de los discursos que lo enuncian.

En la actualidad, las ciencias sociales han aceptado que sus formas de conocimiento son provisionales y contingentes, históricas, y que la información empírica con la que trabajan (documentos, estadística, entrevistas, notas de campo, etc.) no es una vía de acceso directo a la realidad, sino un resultado de la acción humana y, por lo tanto, en sí misma una “construcción”. Han aceptado, también –según una perspectiva compartida en esta investigación–, que la realidad social no está construida fuera de los discursos, pero tampoco se reduce a ellos.

Al respecto, merece citarse un artículo de Chartier (2002b), titulado “La construcción estética de la realidad. Vagabundos y pícaros en la Edad Moderna”:

¿Es posible distinguir entre la realidad social y sus representaciones estéticas y, por ende, considerar el estudio de las primeras como el dominio propio de los historiadores y reservar el análisis de las segundas a aquellos que interpretan formas y ficciones? Seguramente hace quince o veinte años una semejante división de las tareas habría sido aceptada sin reservas. Pero hoy en día hay diversas razones para poner en duda tal distinción. En efecto, no se puede más pensar las

jerarquías o divisiones sociales fuera de los procesos culturales que las construyen (p. 2).

Historiadores y sociólogos trabajamos con documentos que tratamos como *fuentes*: es decir, como testimonios que informan sobre el pasado. Pero ¿de qué manera informan esos documentos (escritos, visuales, orales, etc.) sobre las sociedades del pasado? He intentado no perder de vista esta pregunta a lo largo de mi investigación.

Capítulo 1



Perspectivas teóricas y metodológicas

Los escritores como grupo social

¿Cómo estudiar a un conjunto de escritores como *grupo social*? ¿Bajo qué condiciones sería posible clasificarlos de esta manera? Según Brubaker (2004), disciplinas académicas como la sociología, la antropología o la ciencia política han tendido a usar el concepto de *grupo* como si este no necesitara ninguna aclaración, una tendencia que el autor denomina “grupismo” (*groupism*) y que resume como sigue: “[El grupismo consiste en] asumir que la vida social está compuesta por grupos separados y delimitados, que estos grupos son los principales protagonistas de los conflictos sociales, así como las unidades fundamentales del análisis social” (Brubaker, 2004, p. 8 [traducción propia]). Brubaker elabora una lista de temas a los que suelen dedicarse las ciencias sociales y en cuyo estudio predomina el grupismo: estudios sobre identidad cultural, acción colectiva, etnicidad, religión, entre otros (2004a, p. 8). Al hablar, por ejemplo, de judíos y palestinos en Israel, o de blancos, negros e hispanos en los Estados Unidos, o,

como en este caso, de escritores colombianos de la primera mitad del siglo XX, el grupismo asume que se trata de grupos “internamente homogéneos y externamente delimitados, incluso actores colectivos unitarios con propósitos comunes” (Brubaker, 2004, p. 8 [traducción propia]). Contra esta manera de ver las cosas, Brubaker ha señalado que, si bien los científicos sociales deben tener en cuenta las categorías vernáculas de los actores, como en el caso de conflictos étnicos, raciales o nacionales, donde los participantes suelen representar el conflicto en términos “grupistas” o “esencialistas”, esto no significa, sin embargo, que deban adoptar categorías de la *práctica política* como categorías del *análisis social*; según Brubaker (apoyándose en este punto en Bourdieu), debemos recordar que, en las luchas sociales, las declaraciones de los participantes tienen a menudo un carácter performativo:

Al invocar grupos, buscan evocarlos, convocarlos, darles existencia. Sus categorías son para hacer -diseñadas para agitar, convocar, justificar, movilizar, encender y energizar-. Al reificar a los grupos, al tratarlos como cosas sustantivas en-el-mundo, los líderes etnopolíticos pueden, como señala Bourdieu, “contribuir a producir lo que aparentemente describen o designan” (Brubaker, 2004, p. 10 [traducción propia; cursivas en el original]).

En lugar, entonces, de tomar el grupo como categoría analítica básica, Brubaker propone un enfoque centrado en los procesos de constitución de los grupos e introduce para tal fin el concepto de *groupness*, que podría traducirse como “agrupamiento”, es decir, como la capacidad fluctuante y contextualmente determinada de los actores sociales de atravesar por fases de cohesión y solidaridad colectiva.

Brubaker introduce además una diferencia clave entre *grupo* y *categoría*:

Mucho de lo que se dice sobre grupos étnicos, raciales o nacionales se ve oscurecido por la incapacidad de distinguir entre grupos y categorías. Si por “grupo” nos referimos a un colectivo mutuamente